

La triple visión en Ignacio: creación, Eucaristía y humanidad de Cristo [Au 29]. Ayer como hoy

Eduard López Hortelano

«El alma jamás entiende sin el concurso de una imagen»
(ARISTÓTELES, *De anima* III.7, 431^a, 16-17).

RESUMEN

Durante el año 2021, con motivo del quinto centenario de la herida de Ignacio de Loyola, tuvieron lugar muchos actos, se escribieron cartas, artículos y, quizá, los más aventurados, algún libro en torno a su conversión puntual y progresiva, que trasciende ya tiempos y lugares. El tema del presente artículo analiza las tres imágenes simbólicas, que el Peregrino recibe sobre los misterios de la fe cristiana: ser criatura (la Creación), ser recibido (la Eucaristía), ser prójimo y Otro (la humanidad de Cristo y de María). Frente a la banalización actual y el riesgo de la desnaturalización de la imagen y de la mirada, el relato de Ignacio se impone como una propuesta válida: pasar de un dios Juez al Dios Viviente, que quiere darse para ser recibido.

PALABRAS CLAVE: Misterio, Ojos interiores, Imaginación, Símbolo, Fe.

Introducción

Cultivar nuestra mirada es un desafío. Queramos o no, nos situamos entre el *homo ludens* o el *homo faber*¹. La mirada se desnaturaliza cuando se convierte en una habitual selfi, su comunicación solo contiene rasgos lúdicos y teatraliza nuestra vida e incluso las prácticas religiosas. Porque no se trata de la percepción, sino del cómo miramos, del

¹ B-CH. HAN, *No-cosas. Quiebras del mundo de hoy*, Taurus, Madrid 2021, 51; E. LÓPEZ HORTELANO, *Acompañados por imágenes. Un itinerario verbal e icónico según los Ejercicios de san Ignacio*, Sial Pigmalión, Madrid 2018, 17-18.

porqué y del para qué. Las tres imágenes *imaginables* o simbólicas², que recibe Ignacio de Loyola en Manresa [Au 29]³ –la Creación, la Eucaristía, la humanidad de Cristo y de María– nos hablan del *homo faber*, de quien se deja hacer mediante los ojos interiores o el espacio de la interioridad.

a) *Momento de articulación*

Si tuviéramos que definir qué es una herida, lo haríamos de la siguiente manera: «Una ventana al mundo a través de la carne»⁴. Por lo tanto, la herida nos provoca una transformación o apertura, una conversión como desplazamiento del hogar habitual de nuestra estructura física, psíquica y espiritual. Si la herida separa y escinde, rompe, la conversión nos permite caminar a una reconciliación consigo mismo, a una unidad.

Primero, Ignacio de Loyola sufre el malestar tras el cañonazo en Pamplona. La negación será su principal característica hasta el punto de «martirizarse de nuevo» [Au 4] con una nueva carnicería al ver que una pierna le quedaba más corta que la otra. Segundo, de Loyola a Manresa, solo y a pie, peregrino caballeresco, de ideales heroicos, la crisis interna se va urdiendo a través de la ira, la negociación y la depresión. Los altibajos, la construcción de unos ideales que se ven destruidos, las consecuencias del aborrecimiento y del asco de su vida pasada, los escrúpulos, son algunos efectos de este tiempo hasta que, en tercer lugar, llega el momento de la articulación o la lúcida entrega con la apertura de los ojos: la oportunidad de ver las cosas de otro modo, ¿nuevas o desde un ángulo diferente?

La aceptación consiste en ser señor de sí mismo, que permite trabajarse de un modo diligente y consciente mediante el entendimiento y la voluntad tal y como las cuatro principales fuentes primarias nos lo muestran⁵. A

² E. LÓPEZ HORTELANO, «Imaginando...» (Ej 53). *Sobre el ojo de la imaginación ignaciana*, Mensajero-Sal Terrae-UPCo, Bilbao-Santander-Madrid 2020, 220-235; 256-263. Véase también: «La imaginación como ejercicio teológico-espiritual»: *Revista Iberoamericana de Teología* 24 (2017) 30-36; «Imaginación, imaginar e imaginando. Sobre lo visual y lo visionario en los Ejercicios Espirituales», en R. MEANA (dir.), *El sujeto. Reflexiones para una antropología ignaciana*, Mensajero-Sal Terrae-UPCo, Bilbao-Santander-Madrid 2019, 175-189; «Las imágenes esféricas en el descenso de Cristo a los Infiernos de Jerónimo Nadal y en el Fiat Lux de Francisco de Holanda»: *Hispania Sacra* 145 (2020) 213.

³ J. M. RAMBLA (ed.), *El Peregrino. Autobiografía de san Ignacio de Loyola*, Mensajero-Sal Terrae-UPCo, Bilbao-Santander-Madrid 2015⁷. En adelante *Au*.

⁴ R. ARGULLOL, *Breviario de la aurora*, Acanalado, Barcelona 2006, 57.

⁵ Al margen de la *Au*, disponemos de la carta de Diego Laínez: *Epistola P. Lainii*, Bologna 16 de junio de 1547, FN I, Roma 1943, 54-145 (MHSI 66). En adelante: *Epistola*. Segundo, la relación de Juan Alfonso de Polanco, *Sumario de las cosas más notables que a la institución y progreso de la Compañía de Jesús tocan*, FN I, Roma 1943, 146-256 (MHSI 66). En adelante: *Summ. Hisp.* Tercero, Pedro de Ribadeneira, *Vita Ignatii Loyolæ*, FN IV, Roma 1965 (MHSI 93). En adelante: *Vita*.

La triple visión en Ignacio: creación, Eucaristía y humanidad de Cristo [Au 29]. Ayer como hoy

Ignacio hieren y rompen su identidad en Pamplona. Manresa, por el contrario, da una identidad flexible y abierta. ¿Qué es lo que ayudará a Ignacio a reconstruir una nueva identidad? Ver con los ojos interiores o recibir estas imágenes simbólicas.

b) Tres imágenes recibidas: las fuentes textuales

Sobre la Creación, la elevación de la hostia, la Humanidad de Cristo y de María, nos habla la *Au* y la *Vita* de Ribadeneira. En cambio, Laínez y Polanco (*Epistola* y *Summ. Hisp.*) unifican estas tres imágenes simbólicas en que “fue ilustrado por los misterios de la fe”, y las sitúan en la claridad o la lucidez recibida ante el río Cardoner [*Au* 30]⁶.

El primero, Laínez, ya advierte que Ignacio tenía «más ojo a los exteriores ejercicios y penitencias que a otras cosas interiores, las cuales aún no entendía»⁷, por lo que los textos contienen esta progresión de lo más externo y aparente a un ojo abierto al misterio cristiano. Polanco, de la misma manera, narra este momento como un punto de inflexión, que sirve para «discernir y probar los espíritus buenos y malos»⁸. En consecuencia, el misterio de la fe cristiana favorece e impulsa un proceso de discernimiento en todas las fuentes textuales que disponemos.

No son acontecimientos extraordinarios como usualmente pensamos. Más bien, el subrayado reside en la experiencia de Dios que se comunica y que desafía a “reflexionar” sobre aquello que ha recibido⁹. Es el paso de la sinceridad a la verdad donde «la imaginación es el único camino de la verdad. Ella nos guía para deshacer la senda de manera que nuestros pasos, aunque dejen las mismas pisadas en la tierra, adquieran otro significado»¹⁰.

2. Creación: la imagen de la criatura con su Criador y Señor

«Una vez se le representó en el entendimiento con grande alegría espiritual el modo con que Dios había criado el mundo, que le parecía ver una cosa blanca, de la

⁶ No lo desarrollamos. Al respecto, me remito al artículo dedicado a este número. Sin embargo, hay una unidad narrativa y teológica (camino a Dios) entre [*Au* 29] (los misterios de la fe cristiana), [*Au* 30] (la apertura de los ojos ante el río Cardoner) y [*Au* 31] (el conocimiento de los engaños ante la cruz).

⁷ *Epistola*, n.3 (FN I, 74).

⁸ *Summ. Hisp.* n.18 (FN I, 160-161).

⁹ «Ni grandes milagros y prodigios, ni ascetismo moralizante, sino *confesión*, que edifica por la realidad de los hechos, netos y desnudos de mistificaciones»: R. GARCÍA MATEO-J. BURRIEZA, “«Yo te seré propicio en Roma». Ignacio de Loyola, la santidad y la construcción de un santo”: *Anuario de Historia de la Iglesia* 29 (2020) 166.

¹⁰ R. ARGULLOL, *Visión desde el fondo del mar*, Acantilado, Barcelona 2010, 181.

cual salían algunos rayos, y que della hacía Dios lumbre. Mas estas cosas ni las sabía explicar, ni se acordaba del todo bien de aquellas noticias espirituales, que en aquellos tiempos le imprimía Dios en el alma» [Au 29A]¹¹.

*La vida entera
es una prueba
y lo que importa es
cómo reaccionamos.*

De diferentes maneras nuestro pensamiento se va ordenando en favor de una aceptación cuando progresamos. Y esto adviene, imprevisible en Manresa para Ignacio. Ciertamente, hay una pedagogía: «En este tiempo le trataba Dios de la misma manera que trata un maestro de escuela a un niño, enseñándole» [Au 27].

a) Mirar a lo alto que descende

¿Cómo es esta pedagogía? Precisamente, en saber de dónde proviene la desolación y la consolación, es decir, el discernir. La desolación nunca viene de Dios; brota de la tierra yerma y desolada, oscurecida en su papel de mediación a causa de nuestros descuidos. La articulación o la aceptación se fraguan poco a poco como una apertura. La vida entera es una prueba y lo que importa es cómo reaccionamos. Ignacio va adentrándose en un conocimiento o reconocimiento de que todo es gracia y don: devoción, amor, lágrimas. Estos dones de amor y de consolación son señales de que el Señor desea “dárseme” en clave de don y de entrega: abrirnos al acto de amor, alcanzarlo, cuando se nos da de lo alto.

¿Qué es lo que permite la articulación? La mirada a lo alto, que descende a lo más interno de nosotros mismos. Ignacio se siente criatura, administrador y no propietario de su vida, ni tampoco un imitador de otros, cuando «se le representó en el entendimiento [...] el modo con que Dios había criado el mundo». Ciertamente, su mirada no se fija en lo externo, uñas largas y cabellos, escrúpulos de quien se cree un Prometeo de turno, intentando robar un fuego de no se sabe dónde, aunque aparentemente consuele, sino que se adentra en ver las cosas de otra manera, con los ojos interiores. Esta apertura es lo que produce un “darse cuenta”, el paso de la oscura imitación del hacer a la lúcida entrega del ser.

¹¹ «En obra de un año que estubo en Manresa, tuvo tanta lumbre del Señor, que en casi todos los misterios de la fee fue especialmente ilustrado y consolado del Señor» [Epistola, n.12 (FN I, 82)]; «Estuvo en Manresa (que está entre Monserrat y Barcelona), cerca de un año [...] Y alcanzó en este tiempo tanta lumbre de Dios nuestro Señor, que quasi en todos los misterios de la fe mucho fue ilustrado y consolado» [Summ. Hisp., n.21 (FN I, 162)].

b) De la mirada acusatoria a la vista amplia e infinita

Es una experiencia muy humana: un nuevo estado de conciencia por la gracia de Dios. Hay momentos en que se toma conciencia de cosas que antes has ido viviendo por medio de experiencias, relaciones y lecturas. Son como piezas de un rompecabezas que uno tiene sobre la mesa y que, de forma inesperada, sin estrategia, eres capaz de armar, de ver las causas y sus efectos. Quien fuese general de la Compañía de Jesús, Peter-Hans Kolvenbach, así lo expresó:

«Es el misterio de Cristo, porque Aquél que es el máximo, más allá de toda frontera posible, que no puede ser coartado ni obstaculizado por nada, se encuentra en lo mínimo de la carne y del corazón de Jesús. En esta visión del misterio de Cristo, sumergirse en el trabajo concreto, según nuestras posibilidades y nuestras fuerzas, pero con un corazón tensado hacia el infinito de Dios, [es la experiencia] que hace presente en el aquí y el ahora, los amplios horizontes de su designio de salvación»¹².

En la introducción decíamos que la herida era esa ventana al mundo a través de la carne, mediante nuestro ser criatura en este mundo. Ignacio en ese momento deja de considerarse como el máximo, el absoluto, porque conoce y siente que solo uno es el Absoluto, más grande que él mismo. El Dios siempre más grande que uno mismo como decía san Agustín o este proverbio: «La tierra [...] no se sacia de agua, el fuego [...] no dice basta» (Pr 30,16). Y su corazón se tensa hacia ese infinito.

Sin duda, aquí se nos ofrece el encuentro entre la verdad de la fe (verdad teológica) y la verdad teologal, la propia verdad, para encontrar a Dios. La lucidez le permite vivir el combate espiritual no desde la pasividad, sino siendo protagonista en la escucha de los movimientos internos, al caer en la cuenta de que hay un acusador que inquieta con falsas razones y sutilezas, y que impide vivir desde el ser criatura y desde la acción de gracias. El Acusador, como en el Libro de Job (1,9) nos recuerda que no somos capaces ni somos aceptados. Por eso, Ignacio se va acostumbrando a «mucho advertir el discurso de los pensamientos» [Ej 333] si proceden del Acusador o del Paráclito, el Espíritu Santo, a mirar lo que destruye o lo que construye. Fíjense cómo narra su experiencia, más tardía, en 1535, cuando la nave que lo conducía de Valencia a Italia está a punto de hundirse a causa de una tormenta:

¹² P.H. KOLVENBACH, *Decir... al "indecible". Estudios sobre los Ejercicios Espirituales de san Ignacio*, Mensajero-Sal Terrae, Bilbao-Santander 1999, 71.

«En este tiempo, examinándose bien y preparándose para morir, no podía tener temor de sus pecados, ni de ser condenado, mas tenía grande confusión y dolor, por juzgar que no había empleado bien los dones y las gracias que Dios Nuestro Señor le había comunicado» [Au 33].

3. Eucaristía: la imagen de ser recibido

La imagen de Dios que Ignacio recibe “oyendo misa” es la de la presencia real del Hijo como mediador y sacramento.

« Así que, estando en este pueblo en la iglesia del dicho monasterio oyendo misa un día, y alzándose el corpus Domini, vio con los ojos interiores unos como rayos blancos que venían de arriba; y aunque esto después de tanto tiempo no lo puede bien explicar, todavía lo que él vio con el entendimiento claramente fue ver cómo estaba en aquel santísimo sacramento Jesucristo nuestro Señor» [Au 29B]¹³.

La imagen de Dios que Ignacio recibe “oyendo misa” es la de la presencia real del Hijo como mediador y sacramento. La celebración de la Eucaristía es fuente y don; no tanto por lo que aprendió posteriormente de la teología escolástica y dogmática o las posteriores posturas de la Reforma¹⁴, sino, más bien, por la comprensión y vivencia de un Dios con amor excesivo.

a) Vida eucarística, no solo rubricada

En este sentido, el modo ignaciano antepone el sentido teológico y espiritual de la mediación a cualquier disputa ideológica: de la experiencia al dogma, podríamos decir, o cómo de la verdad de la fe cristiana se hace experiencia. El Dios de Ignacio le conduce a fijar sus ojos en la presencia del Hijo sacramentado. La imagen eucarística no reside en las rúbricas (*homo ludens*), de quien se entretiene en la “letra pequeña” olvidando el misterio del amor consumado en la Eucaristía (*homo faber*). Por este motivo, la Eucaristía adquiere un puesto central en la espiritualidad ignaciana:

¹³ «En otro tiempo también con grande alegría de espíritu se le representó la manera que tuvo Dios en hazer el mundo, el qual mucho después, quando contava estas cosas, él mismo dezía que no podía con palabras explicar. En el templo del mismo monesterio, estando un día con grandísima reverencia y devoto acatamiento oyendo Missa, al tiempo que se alçava la Ostia y se mostrava al pueblo, con los ojos del alma claramente vio que en aquel divino misterio y debaxo de aquel velo y especies de pan verdaderamente estava encubierto nuestro Señor Jesu Christo, verdadero Dios y hombre» [Vita I, VII, 31 (FN IV, 125)].

¹⁴ Cf. A. CORDOVILLA, “«Al hablar al Padre, mi amor se extendía a toda la Trinidad» [De 63]. Rasgos del Dios de Ignacio”, en G. URIBARRI (ed.), *Dogmática ignaciana. «Buscar y hallar la voluntad divina»* [Ej 1], Mensajero-Sal Terrae-UPCo, Bilbao-Santander-Madrid 2018, 77.

es el lugar de oración y de discernimiento¹⁵, porque es lugar de confirmación del discernimiento y de las mociones espirituales (consolación o desolación). Primero, de formar lo deformado por la misericordia de Dios. Segundo, de conformar lo reformado siendo “oyente de la Palabra”, hecha carne y ofrenda salvífica. Tercero, de confirmar lo reformado ante el misterio de la vida, pasión y muerte de Cristo para, finalmente, consumir lo confirmado con el *Kyrios* o Señor, que trae el «oficio de consolar» [Ej 224].

b) *Consumar lo recibido* «como si presente me hallase» [Ej 114]

El *Corpus Domini*, alzándose, encarna la «oblación de mayor estima y mayor momento» [Ej 97]. Es el acto más sublime de un amor llevado hasta el extremo. Con los ojos interiores, la Eucaristía es la culminación de una vida de entrega, que ciertamente contempla el sacrificio, pues el amor cristiano compromete hacia una transformación interna en el misterio pascual. Porque invita a una fidelidad frente a la tentación de abandonar. Los ojos interiores no contemplan la imagen de un Cristo «poderoso en obras y en palabras» (Lc 24,19), alejado sin consumir; más bien, la fracción del pan es la imagen de quien se siente alcanzado por la Pascua, enderezando el camino y reencontrándose con lo de antes, pero con otro sentido y mirada.

Esta es la presencia divina cuando el ego de lo que hago se debilita. Sin esta exposición a querer ser recibido, no hay receptividad al silencioso lenguaje, “no lo puede bien explicar”. Además, sin esta percepción no se produce afectación, porque el ego se fortalece de tal manera que apenas le toca el *Corpus Domini*.

4. La humanidad de Cristo: la imagen del Otro

«Cuarto. Muchas veces y por mucho tiempo, estando en oración, veía con los ojos interiores la humanidad de Cristo, y la figura, que le parecía era como un cuerpo blanco, no muy grande ni muy pequeño, mas no veía ninguna distinción de miembros. Esto vio en Manresa muchas veces: si dijese veinte o cuarenta, no se atrevería a juzgar que era mentira. Otra vez lo ha visto estando en Jerusalén, y otra vez caminando junto a Padua».

¹⁵ P. SCHIAVONE, “Misa”, en GRUPO DE ESPIRITUALIDAD IGNACIANA (dir.), *Diccionario de Espiritualidad Ignaciana II*, Mensajero-Sal Terrae, Bilbao-Santander 2007², 1234-1238. En este sentido, el *Diario Espiritual* es notorio: «Y al tener el santísimo sacramento en las manos, veniéndome un hablar y un mover intenso de dentro, de nunca le dejar por todo el cielo o mundo» [De 69]. O bien: «Siguiéndoos, mi Señor, yo no me podré perder» [De 113]. Véase: S. THIÓ DE POL (ed.), *La intimidad del Peregrino. Diario espiritual de san Ignacio de Loyola*, Mensajero-Sal Terrae, Bilbao-Santander 1990.

«A nuestra Señora también ha visto en símil forma [cuerpo blanco], sin distinguir las partes» [Au 29CD]¹⁶.

La humanidad de Cristo y de María, vista con los ojos interiores, supone adentrarse en la imagen de la alteridad, del otro, con la que se plenifica y se progresa en la madurez de la vida cristiana:

«Divinización es una progresiva penetración del amor de Dios en el Espíritu Santo hasta la madurez de Cristo en nosotros. De hecho, la divinización es la mitad de la creación que, gracias a la encarnación del amor de Dios en Cristo, en su muerte y resurrección cumple la parábola de sentido de la vida en la persona humana. El hombre es creado para ser divinizado en el amor de Dios permaneciendo perfectamente hombre»¹⁷.

a) *¿Humanos o cosas?*

Este encuentro vincula al cristiano al seguimiento de Jesús, «tanto en la pena como en la gloria» [Ej 95]. Estas imágenes simbólicas, la humanidad de Cristo y de María, nos hablan de la experiencia de la presencia. Acostumbrados a la *smarthome* o el *smartphone* en nuestra era de la digitalización, ver con los ojos interiores a Cristo y a María, supone salir al encuentro del otro y lo que interpela para nuestras relaciones humanas. Seamos jóvenes o ancianos, la era digital acelerada tras la irrupción del Covid-19 ha eliminado buena parte de los encuentros personales, los rostros, las miradas y las presencias físicas. Hay quienes incluso reclaman instaurarse en lo virtual y lo *on-line* como uno de los signos de nuestros tiempos. Más fácil y cómodo. Sin embargo, ¿está bien discernido lo que esto supone?

El hombre es un ser social y cercano. Lo digital hace que el otro desaparezca, porque se convierte en un objeto, pantalla o infografía (solo nos ofrece información), y quita su valor simbólico, lo que provoca el ocaso de

¹⁶ «Muchas veces, estando en oración y por largo espacio de tiempo, con estos mismos ojos interiores vio la sagrada humanidad de nuestro Redentor Jesu Christo, y alguna vez también a la gloriosísima Virgen, su Madre; y esto no sólo en Manresa, donde entonces estava, sino después también en Jerusalem y otra vez en Italia cerca de Padua, y otras muchas en otras partes. Con estas visitaciones y regalos divinos quedava su ánima tan esclarecida de celestial lumbre y con tanto conocimiento y seguridad de las cosas de la fe, y su espíritu tan confirmado y robusto, que pensando después estas cosas muchas vezes consigo mismo, le parecía y de veras se persuadía que si los misterios de nuestra santa fe no estuvieran escritos en las letras sagradas, o si (lo que no puede ser) la Escritura divina se hubiera perdido, con todo esso serían para él tan cierto y los tendría tan fixos y escritos en las entrañas, que solamente por lo que avía visto, no dudaría ni de entenderlos, ni de enseñarlos, ni de morir por ellos» [Vita I, VII, 32 (FN IV, 125)].

¹⁷ M. TENACE, *Dire l'uomo, dall'immagine di Dio alla somiglianza, la salvezza come divinizzazione*, Lipa, Roma 2005², 59. La traducción es mía.

nuestra mirada humana y divina. Sí, nuestra vista es pobre en miradas y voces. Podemos silenciarnos, apagar nuestro micrófono y cámara; según nos convenga, y la vivacidad se desvanece cuando la relación cae en una simple información.

b) Seguirle para servirle

Cuando Ignacio recibe esta imagen de Cristo y de su bendita Madre, percibe la realidad y su situación vital de otra manera, porque se relaciona con ella. Detrás hay un símbolo fuerte y vinculante, un contacto, una capa de presencia que ni la mejor aplicación de Internet puede ofrecer (son algoritmos, información so capa de estar conectados unos con otros). Y el ejemplo más notorio: el bombardeo de muchas actividades pastorales, ejercicios en línea, actividades religiosas y pseudoespirituales bajo apariencia de recrear(nos) o reinventar(nos), que nos sitúan más como comerciales de lo religioso que como amigos de Dios¹⁸.

El Dios de Jesús desvela un tipo de relación que se basa en la amistad con Él, quien llama a cada uno en particular a seguirlo y a amarlo siempre en salida. En definitiva, el cristiano es una persona vocacionada. Para Ignacio, la imagen de la humanidad de Cristo y de María es determinante, porque impulsa la comunión y el agradecimiento. Y esto es algo que se recibe por el don de ver con los ojos interiores. El Dios de Ignacio pasa por contemplar la vida, pasión, muerte y resurrección de Jesús. Es el modo de relacionarse con Él: ser amigo y dialogar (coloquiar) «propiamente hablando, así como un amigo habla a otro» [Ej 54]. Es una cuestión de amor exclusivo y excluyente, gratuito, que genera vínculos de amistad y cimentado en el amor verdadero¹⁹. Del Señor y Criador y su presencia sacramental pasa, ahora, «así nuevamente encarnado» [Ej 109] al amor recibido, que provoca una acción hacia el prójimo, el semejante, como rostro del Dios vivo y verdadero, servicio de un amor donado.

5. Conclusiones

Ciertamente, ya no es el miedo ni la obsesión de aquellos viejos escrupulos lo que impulsa a Ignacio de Loyola, sino el fenómeno pentecostal,

¹⁸ E. LÓPEZ HORTELANO, “Felices los que viven desde la amistad”: *Sal Terrae* 108 (2020), nota 21, 539.

¹⁹ S. ARZUBIALDE, *Ejercicios espirituales de S. Ignacio. Historia y análisis*, Mensajero-Sal Terrae, Bilbao-Santander 2009², 345-346.

obra del Espíritu Santo, que recibe por las tres imágenes simbólicas de la espiritualidad trinitaria: Creación, la Eucaristía y la Humanidad de Cristo y de María. Ayer como hoy, no es la imagen de un dios Juez la que rige su vida, sino la de un Dios Viviente, de vida, de ser fecundo y dar frutos, de poner en comunión con los demás, y no guardarse los talentos para sí mismo, también con lo que no es apetecible, y que nos abre al grito del otro, a sus problemas o heridas.

Esta determinación es muy diferente de la de martirizarse de nuevo, de esa conciencia sufrida por la no correspondencia entre el yo ideal y el yo actual. Por el contrario, el ojo interior o la imaginación erige un nuevo equilibrio de relaciones entre el ideal y la conducta de vida, una sensibilidad decisional, una articulación que señala el coraje de decidir y el valor de comprometerse con la decisión, de asumir la responsabilidad de dar una orientación precisa a la propia vida y buscar la voluntad de Dios, y considerar haberla encontrado en esas brasas debajo la ceniza. Así, el discernimiento no es un simple análisis, sino que es una mirada hacia un futuro, o la decisión de encaminarse hacia él. Para Ignacio nada será lo mismo. Se remitirá a esta experiencia lúcida vivida, porque ha sido la hora de Dios. No es una simple conclusión de quedarse o irse aquí o allá. Significa, más bien, situarse en unos términos y con una actitud nuevos. Ignacio ha dejado entrar a Dios en la crisis, o sea, de ponerse en una verdadera actitud religiosa de escucha para captar qué abandonar y qué adquirir, captar esta novedad y decidir responder a ella, habiendo sentido y conocido los engaños, y la vida verdadera de Aquel cuyas heridas nos curaron. Ayer como hoy.